

PRÓLOGO: DESVIACIÓN ABSOLUTA

$$\Delta u_i \equiv |u_i - \bar{u}|$$

Lo que más adelante se llegaría a conocer como la Masacre de Broken Hill para nosotros sólo era otro trabajo.

Llegamos de noche, como siempre, caminando con tanto sigilo que ni siquiera los perros nos oyeron. O quizás alguien los había drogado y ya estaban agonizando con las tripas llenas de matarratas, incapacitados hasta el punto de no poder ni ladrar.

Encontramos el rancho dejándonos guiar por el olfato. Humo de fogata, carne asada y maíz chamuscado, orín en el polvo junto al edificio, la marca de alguien que no quería darle la espalda a la noche inmensa de la pradera.

La casa en sí era una construcción de adobe, un túmulo levantado con terrones resquebrajadizos. Me acerqué hasta tocar una

de las paredes y agucé el oído. Conocía bien las historias que hablaban de otros como nosotros, personas atraídas a lugares como este con la promesa de encontrar un trabajo, cuando lo único que los esperaba era una turba armada con sogas y estacas para meterlos en una jaula con ruedas.

—¿Qué diablos es esto, Browne? —siseó Ferm detrás de mi hombro.

—Una obra de caridad. Me pidió ayuda y no pude negarme.

Me llevé la mano a la cadera al percibir un movimiento en las sombras.

—¿Sois vosotros? —preguntó una voz incorpórea.

—Los mismos.

—¿Dónde habéis dejado los caballos?

—Allí atrás, amarrados a la valla.

—¿No harán ruido?

—Sólo si alguien intenta llevárselos.

Un rayo de luz perforó la oscuridad procedente de un quinqué camuflado con una capa de brea. La claridad nos mostró el atisbo de un rostro, un parche de piel semejante a una hoja de papel encerado desgastada por el uso y una hebra de cabello incoloro.

—Por aquí.

La luz recortó contra el telón de fondo de una loma los contornos de un cobertizo con el techo tan bajo que tuvimos que agacharnos y caminar como patos para acceder a su interior. La mujer aseguró la puerta con una tranca a nuestras espaldas.

—Perdón por el secretismo —susurró—, pero mis hijos están en la casa y no comulgan con esta clase de...

Cerró la boca de golpe al recordar con quién estaba hablando.

Abrió la llave del quinqué para que se intensificara la llama y vimos que estábamos rodeados de sacos de patatas. Los brotes nuevos se abrían paso a través de la arpillera. Entre los bultos había una caja, y encima de ella reposaba un objeto.

—¿Es esto? —pregunté.

Se trataba de un libro muy grueso, cuyas voluminosas páginas pugnaban por escapar de los confines de la cubierta apergaminada.

—Sí. Los chicos no saben que está aquí. —Cuando la mujer esbozó una sonrisa, la luz de la lámpara se filtró entre las mallas de su

dentadura—. Les dije que lo había enterrado junto con su padre.

Acaricié la cubierta.

—¿Puedo?

La mujer inclinó la cabeza una sola vez, a regañadientes, como si acabara de preguntarle si podía levantar los párpados de un cadáver para observar sus pupilas. El cuero emitió un crujido de protesta. Dentro, impresas en una caligrafía anticuada, encontré las palabras:

RANCHO DE BROKEN HILL,
GASTOS Y CUENTAS

Debajo aparecía la primera fila de números: cuatros angulosos, doses combados, unos y ceros representados por tajos oblicuos y circunferencias. Pasé las hojas. Las columnas de sumas se iban volviendo cada vez más escasas, sustituidos los trazos de tinta por toscas marcas de grafito, hasta desaparecer por completo.

—No había problema que se le resistiera a mi Cuthbert —murmuró la mujer—. Sabía sumar, restar, multiplicar... Una vez, en la

feria de ganado, lo vi ayudando a un hombre con una división complicada. Le quitó la pluma de las manos y apuntó el resultado en un pasquín como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Menudo demonio. —Le temblaban los labios—. Procuré seguir con los libros cuando murió, echar yo todas las cuentas, pero a mí no se me da nada bien. Y si los chicos se enteraran...

—¿Qué necesita? —pregunté.

Las facciones de la mujer se arrugaron en una expresión de alivio.

—Tengo que calcular cuántos cabestros nos harán falta para el cambio de estación, a cuánto ascenderían las pérdidas si se quedara alguno por el camino cuando los llevemos al norte. Y necesito anticipar qué margen de beneficios obtendríamos en la feria... en efectivo. —Pronunció las últimas palabras con un hilo de voz, como si estuviera confesando un pecado—. Mis chicos no tienen ni idea de aritmética. Se llevarían las bestias al norte y los desplumarían mareándolos con números y más números.

Cerró la boca y me miró fijamente. Hice como si no me hubiera dado cuenta de nada.

—Me hará falta tinta —dije.

Era pan comido, el tipo de actividad que podría haber bordado con los ojos cerrados, tapones en los oídos y las manos atadas a la espalda. Pero no dejaba de ser un trabajo, y ayudar a alguien, aunque fuese con unas operaciones tan elementales, resultaba reconfortante. Se agradecía el cambio de aires después de tanto saltar los caminos, eso seguro. Aquellos números garabateados eran un bálsamo para la vista después de semanas siempre a la fuga, durmiendo con una oreja pegada al suelo y las estrellas heladas rutilando burlonas sobre mi cabeza, susurrándome coordenadas que me arrebataban el sueño hasta que movía los labios, murmuraba « $M = E - e \sin E$ » y los luceros se diluían con la luz del sol tras el velo que formaban mis lágrimas.

Revisé mis cálculos, el pulcro balance de los libros del rancho, basados en la idea aproximada que tenía la mujer de cuántos cabestros se habían comprado, cuánto costaba el alambre de espino y cuántas carretas de leña necesitaban. Mientras tanto, al otro lado de la caja, Ferm se entretenía trabajando en los

posibles beneficios del rancho, complicándose la vida innecesariamente al añadir la probabilidad de que se produjera el ataque de una manada de lobos y se quedara cojo un caballo, los efectos de un incendio o una sequía, la intervención de unos ladrones de ganado... La extravagancia me habría hecho sonreír si no fuera por el raspar enfervorizado de su pluma contra el papel y el brillo de desesperación que ardía en sus ojos. Me recordaba a qué habíamos quedado reducidos.

La mujer se había instalado en un rincón y estaba echando una cabezada. Metí una mano dentro de la chaqueta para sacar discretamente un envoltorio de lona. Allí guardaba las gafas, dobladas y surcadas de arañazos, pero irremplazables. Me las enganché en las orejas y experimenté una oleada de alivio cuando se me relajaron los músculos alrededor de los ojos, permitiéndome ver las cuentas con claridad.

Aquello me permitió ir más deprisa, y por fin anoté la última cifra en la última columna con una honda satisfacción. Sabía que la sensación se evaporaría antes de que la tinta se hubiera secado, pero al menos me

permitió experimentar un momento efímero de felicidad.

—¿Browne? —Ferm me sonreía desde el otro lado de la caja, con la nariz sucia de tinta—. Mira esto. Ya que hablamos de cabestros, adivina qué he estado utilizando en mis cálculos.

Empujó la hoja en mi dirección y parpadeé en un intento por descifrar su caligrafía espantosa.

—La teoría de colas. —Un destello de risa contenida se reflejó en su mirada—. $\int TP(x) dx$. De «colas», ¿lo pillas? Porque son reses.

Se le escapó una carcajada, como si por un momento se le hubiera olvidado que no estábamos en uno de aquellos clubes para académicos de la costa este, como en los viejos tiempos, envueltos en una nube fragante de café y tabaco. Aunque el sonido distaba de ser ensordecedor, en medio de aquel vasto silencio lo mismo podría haber sido un disparo. La mujer se despertó antes de que me diera tiempo a tapparle la boca. Mediante señas, nos pidió que no hiciéramos ruido. El silencio era tan absoluto que sus párpados parecían crujir cuando

pestañeaba. La hoja de papel temblaba entre los dedos de Ferm.

—¿Ma? —llamó una voz desde detrás de la puerta—. ¿Estás ahí, ma?

—Santo cielo. —Las pálidas facciones de la mujer se perlaron de sudor. El libro de cuentas todavía estaba abierto encima de la caja, repleto de cálculos ilícitos. Lo estrechó contra su pecho—. Marchaos.

—Aún no hemos cobrado.

—No puedo pagaros ahora, tengo el dinero en la casa...

—Esperaremos. Salga y dígales que no pasa nada.

—Me... —La mujer forcejeó con la tranca de la puerta. En cuanto la hubo abierto, salió trastabillando a la noche y gritó—: ¡Están aquí! ¡Aquí dentro, los he dejado atrapados!

Ferm se abalanzó sobre ella, pero demasiado tarde. En las tinieblas que se extendían más allá del umbral resonaron pasos, el tintineo de hebillas, perros que se despertaban de golpe. Una emboscada, en definitiva. Un charco de luz se derramó procedente del rancho y con él llegaron hombres armados, dispuestos a todo. Uno de ellos se colocó al

frente del colectivo. El quinqué le arrancó un destello a la estrella que llevaba prendida en el pecho.

—Procedo a la detención de la fugitiva Malago Browne, «la Loca», acusada de asesinato, incendio provocado, atraco y actos de aritmética perniciosa contra los Estados del Capitolio. Y también queda arrestado Pierre Fermat, «el Fideo», por tres cuartos de lo mismo. —Se oyó el frufrú de un papel—. Aquí está el cartel. «Vivos o muertos», pone. Podemos intentar que sea vivos, pero disparemos como intentéis cualquier jugarreta.

—¡Malnacidos! —exclamó Ferm.

—No os merecéis otra cosa —replicó la mujer con voz temblorosa—. Los de vuestra calaña estáis desenfrenados, y si no es por las malas...

Fermat no la dejó terminar. Se oyó un estampido, seguido de un jadeo, y por un último un golpe seco cuando el libro de cuentas del rancho se estrelló contra el suelo con un agujero de bala humeante en el centro.

Era todo el incentivo que necesitaban. Las sombras estallaron en una vorágine de fagonazos y nubes de pólvora surcada por

los alaridos del plomo caliente mientras las balas impactaban en las paredes de adobe. Capturarnos con vida no había entrado nunca en sus planes. Tan sólo necesitaban nuestros cadáveres, a juego con los pasquines que empapelaban todas las paredes desde allí hasta el Capitolio.

Miré a Fermat, que se había parapetado detrás de la puerta; empuñaba ambos revólveres con los dientes apretados y un destello febril en los ojos. También yo sostenía mi arma en la mano. Ni siquiera recordaba haberla desenfundado. Su plata pura relucía a la viscosa luz macilenta. Di la señal y nos apresuramos a rodear la puerta como un solo hombre.

+

Una semana más tarde oí a un vendedor de periódicos que pregonaba la historia de nuestra huida. Hablaba de cómo una cuadrilla de diez personas había acudido al rancho de Broken Hill con la intención de capturar a un par de matemáticos buscados por la ley y cómo ninguna había salido con vida de allí.